

Alain Brossat, *En los orígenes de la revolución permanente*. El pensamiento político del joven Trotsky. Edit. S. XXI, Méx. 1976, pp. 280.

A últimas fechas se ha intensificado una nueva corriente ideológico-política en la que se cuestiona la tradición del pensamiento marxista que impuso desde los años veintes el stalinismo. Viejos pensadores que habían sido ahogados por las severas e irracionales críticas de los ideólogos del stalinismo, así como jóvenes generaciones de marxistas, vienen contribuyendo a vitalizar los planteamientos que iniciaron Marx y Engels en el siglo pasado. Por desgracia, algunas de las actuales corrientes que se inscriben en dicho proceso, han olvidado la seriedad que imponen tales replanteamientos y vienen incurriendo en posiciones similares a las del viejo Düring polemizando con Marx, o bien a las tesis mencheviques que, cubiertas bajo el manto del antiautoritarismo, ocultaban posiciones liberales.

El trabajo de Alain Brossat pretende, entre otras cosas, exponer el pensamiento político de Trotsky en una de sus fases más controvertibles: de 1903, cuando empezaba a polemizar con la fracción leninista del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, hasta octubre-noviembre de 1917 en que se fusionó con el Partido Bolchevique de la Rusia revolucionaria. Además del extenso análisis, se acompaña el trabajo de tres pequeños artículos de Trotsky: LA DUMA Y LA REVOLUCIÓN, LA TERCERA DUMA Y EL CONSEJO DE LOS DIPUTADOS Y LA REVOLUCIÓN.

El objetivo del autor se circunscribe a demostrar y explicar la evolución del pensamiento político del "joven Trotsky" hacia las posiciones leninistas: "Nuestro prejuicio —si

es que existe— consiste en intentar presentar, por medio de las categorías del marxismo, y especialmente de las que el propio Trotsky elaboró, para reflexionar sobre la historia contemporánea, la formación del pensamiento y el desarrollo de la actividad política del joven Trotsky... Son precisamente las categorías teóricas y políticas que el propio Trotsky forjó —en particular la de la revolución permanente y la del desarrollo desigual y combinado— las que nos permiten ofrecer una presentación del joven Trotsky liberado de las dos manifestaciones del subjetivismo (una espontaneizante y otra antileninista) que denunciábamos anteriormente, y formular un juicio al mismo tiempo histórico y político durante su actividad durante ese periodo de su vida". Al mismo tiempo, el autor intenta demostrar un supuesto viraje de la posición política de Lenin hacia la manifestada por Trotsky en su teoría de la revolución permanente y, de esta manera, se ve en la necesidad de estudiar el proceso de elaboración de la teoría ya citada, así como la del desarrollo desigual y combinado, ambas forjadas en el periodo 1903-1917 y que constituyen pilares fundamentales del pensamiento trotskista.

En el periodo de estudio, Brossat advierte de manera acertada cuatro etapas en la evolución de Trotsky. La primera corre de 1903 a 1904, durante la cual se planteó el problema de la reorganización de la socialdemocracia rusa, razón por la que la cuestión de la reorganización del Partido proletario permeó las diferencias de los revolucionarios rusos. Según el autor, en tanto que Lenin distinguía el "sujeto teórico" de la revolución (el proletariado) del "sujeto práctico" (el partido), así como observaba una relación entre el mo-

vimiento de las masas en un sentido espontaneista (o sea economicista) y el lugar de la "teoría revolucionaria" o de la "conciencia socialista", la posición de Trotski era completamente divergente. Este rechazaba la relación establecida por Lenin entre la "vanguardia" y las "masas", en la medida que para él la "vanguardia" era el "movimiento espontáneo" de éstas, igualmente tenía una visión "fatalista" de la revolución al considerarla como el resultado de "la simple explotación del proletariado, sin tener en cuenta las necesarias mediaciones políticas". En suma, para el autor, durante esta fase Trotski sentó las diferencias que habrían de mantenerlo separado de Lenin hasta 1917, sintetizándose dicha postura en que: "es la noción misma de partido leninista la que no capta en absoluto Trotski; lo cual lo lleva a desechar la idea leninista del "centralismo".

La segunda fase está comprendida entre 1904 y 1906, durante la que se produjeron los levantamientos insurreccionales de las masas rusas en Petrogrado, influyendo decisivamente en el pensamiento político de Trotski. Según Brossat fue en este periodo cuando el revolucionario ruso recibió la influencia decisiva de Helphand Parvus, quien lo proveyó del instrumental teórico que le permitiría analizar los acontecimientos de su patria dentro del marco del capitalismo internacional; esta influencia destaca particularmente en la evolución de Trotski en la medida en que: "En Parvus Trotski encontró el sustrato económico de la teoría de la revolución permanente, es decir, ... el análisis de la contradicción entre la mundialización de las fuerzas productivas y los estados nacionales, el análisis de la formación social rusa, de sus anomalías y de sus par-

ticuliaridades desde el punto de vista del desarrollo desigual y combinado, y quizá sobre todo, una metodología que estudia todo fenómeno social, económico, político e ideológico en función de la totalidad del modo de producción capitalista".

Durante esta fase y particularmente con los acontecimientos de 1905, Trotski dio cuerpo a los principales elementos de su teoría de la revolución permanente, cuyos dos pilares fundamentales son: a) un análisis del desarrollo capitalista desde una perspectiva internacional, en donde Rusia era uno de sus "eslabones débiles"; dentro de esta perspectiva es que consideraba que debido a la debilidad de la burguesía rusa, se vería imposibilitada a llevar a cabo su propia revolución, por lo que al desarrollarse se combinaría con la "primera fase de la revolución proletaria"; b) el segundo elemento constituye: "un análisis de la dialéctica de las revoluciones burguesas y proletarias en el S. XIX. Gracias a este análisis Trotski trata de estudiar la posibilidad de la revolución proletaria en relación con las enseñanzas de la historia, de estudiar el corte que existe entre la época de Marx y Engels y el partido presente en el que el proletariado puede y debe plantearse mundialmente la cuestión del poder".

Dichos planteamientos moldearon la conducta de Trotski en los acontecimientos de 1905, agregando otras diferencias a las que ya tenía con Lenin. Además de mantenerse divergente en cuanto a la concepción que del partido tenía el dirigente del bolchevismo, Trotski manifestó nuevamente una posición distinta en tanto pensaba en la posibilidad de un gobierno de mayoría proletaria que debía iniciar inmediatamente la 'supresión del orden capitalista",

cuando que Lenin planteaba que el proletariado debería aliarse con la pequeña burguesía y el campesinado en un gobierno "democrático revolucionario" en el que sería minoritaria la clase obrera, debiendo transitar por un periodo de "democracia burguesa" y de desarrollo capitalista.

Para Brossat, esta primera versión de la revolución permanente se caracteriza por "semiespontaneista" dado que sobrevaloraba la potencialidad revolucionaria de las masas, a las que concebía como la "vanguardia" de la revolución y en donde a su lado el Partido tenía una función subordinada a su actividad. También se observa —según el autor— una ratificación de su antigua concepción de la revolución, observándola como resultado de la sola "explotación del proletariado". Esta forma de pensar la reforzó Trotski al haber colaborado con los militantes de las diversas corrientes políticas en los acontecimientos de 1905, llevándolo a pensar que las diferencias fundamentales radicaban en el seno de la clase obrera, por lo que situó en un segundo plano las experimentadas en el seno del Partido o de las organizaciones. De esta manera delinea su política "conciliacionista" que lo caracterizaría hasta 1917; al respecto Brossat escribe: (para Trotski) "los antagonismos se sitúan en el terreno de clase del proletariado... e impulsado por las masas (los militantes) se verán en la obligación de corregir, como en 1905, sus pequeños defectos. Por eso Trotski se convierte en el incansable predicador de la reconciliación y perseguidor de los manejos escisionistas de unos y otros, basándose en las mismas razones de fondo por las que cree que, ineluctablemente, el proletariado volverá al asalto".

El tercer periodo corrió de 1907 a

1917, teniendo como punto intermedio el año de 1912, siendo cuando rompió sustancialmente con los mencheviques. Como ya ha sido señalado, durante esos años Trotski mantuvo su política conciliacionista, aunque ya francamente distanciado del menchevismo al plantear la viabilidad de la revolución proletaria en Rusia y desdeñando cualquier alternativa capitalista intermedia, como lo señalaban aquéllos. A estas alturas Trotski madura los puntos notables de la revolución permanente, siendo ellos: 1) la revolución rusa debería enfrentarse al atraso económico en la Rusia zarista, razón por la que el proletariado debería mantenerse en una actividad revolucionaria permanente; 2) las mismas condiciones de atraso obligarían a plantear la revolución en un marco internacional, puesto que solamente así sería posible superar dicho estado.

Analizando las diferencias entre Lenin y Trotski en ese periodo, Brossat destaca la claridad del segundo en cuanto a que concibió la alternativa revolucionaria en Rusia, a la vez que el primero dedicaba todo su esfuerzo y su intelecto a la construcción del "sujeto político de la historia": el Partido Proletario. También habría que señalar otro elemento que nos proporciona para entender dichas diferencias y que sería el papel que jugó la vida partidaria en ambos personajes, así tenemos: "Trotski se encuentra teóricamente tan bien equipado como Lenin para comprender este imperativo (*la posición partidaria*), pero confinado en una posición de francotirador, está más sometido que nadie a las *presiones del medio* y, especialmente, en el terreno de la táctica política es sensible al modo de pensar semiliberal que propalan los mencheviques. Esta sensi-

bilidad a la presión ideológica se traduce en un verdadero oscurecimiento de la conciencia revolucionaria de Trotski”.

El autor analiza paso a paso la manera en que a partir de 1912 Trotski fue sesgando sus concepciones hacia las leninistas y, correlativamente, fue eslabonando sus diferencias con los mencheviques. El estallido de la primera guerra mundial —según Brossat— jugó un papel catalizador en el acercamiento entre ambas posturas para que, finalmente, el inicio de la revolución en 1917 fundiera férreamente a ambos actores históricos en la corriente revolucionaria del bolchevismo; así tenemos: “será el desencadenamiento de la revolución en Rusia el que acelere el proceso de aproximación iniciado durante la guerra entre Lenin y Trotski, y posibilite por fin la desaparición de los puntos litigiosos existentes entre uno y otro. En el curso de la experiencia que se extiende de febrero a octubre de 1917 termina el doble desacuerdo concerniente al carácter social de la revolución como a la cuestión del partido”.

No obstante lo sugerente del estudio de Brossat, y pese a los aciertos que le hemos señalado a lo largo de la reseña, consideramos que el libro contiene algunas fallas que, por su importancia, debemos señalar y comentar a continuación.

A lo largo del estudio se manifiesta una constante comparación entre las posiciones de Trotski y de Lenin, con la pretensión de estudiar un desarrollo convergente en ambos; o sea, a la vez que concibe una evolución de Trotski hacia Lenin, también observa el mismo proceso en este último. Esta idea lo lleva a una equivocada interpretación de las posturas de Lenin, veamos por qué: per-

sistentemente el autor le atribuye una concepción “etapista” de la revolución, y es así que escribe: “sin que podamos decir que el curso de la historia haya descartado absolutamente en 1917, la perspectiva de Lenin —los diferentes gobiernos surgidos de la revolución de febrero representan, pese a todo, una forma de ese poder intermedio de la primera etapa que esperaba Lenin, es evidente que el esquema de Trotski fue con mucho el más adecuado para el curso de la revolución rusa, porque el poder nacido de la revolución de febrero, completamente inestable por naturaleza, demostró ser, an de todo, completamente reaccionario y no democrático revolucionario como pretendía Lenin”; esta tesis la redondea al afirmar que el acercamiento de Lenin a Trotski consistió en que el primero “flexibilizó” su concepción “etapista” al aceptar, después de 1905, que la revolución proletaria podría darse antes de lo esperado.

Creemos que lo equivocado de tal planteamiento estriba en que expresa un desconocimiento absoluto de las abismales diferencias entre el gobierno autócrata del zarismo antes de 1905, en donde los sindicatos estaban prohibidos, la libertad de expresión era inexistente y la libertad política era nula, en suma, no había ni la mínima posibilidad de organización y participación política de las clases populares. Por estas razones es que Lenin pensaba en la necesidad de conquistar la “democracia burguesa” como única posibilidad que permitiría abonar el campo para el asalto al poder del proletariado, dado que existiría la posibilidad de organización política de las clases y un medio adecuado para difundir sus posiciones con la libertad de expresión. Esto último, pese a que Bros-

sat lo etiqueta como "completamente reaccionario", fue lo que sucedió fundamentalmente de febrero a octubre de 1917, y fue lo que permitió la organización política de la clase obrera rusa y la formulación de una estrategia política que culminó con la toma del palacio de invierno a fines de 1917. Por esta razón es que pensamos que nos es permitible concebir como "etapista" una política que era producto de las condiciones políticas en Rusia, además de que apuntaba claramente hacia la conformación del campo de lucha propicio para que la clase obrera rusa disputase el poder a la decadente nobleza y a la débil burguesía.

De la misma manera consideramos que incurre en errores al plantear el papel de la intelectualidad burguesa en la revolución, y creemos que la raíz del equívoco está en que el autor no diferencia la cuestión de la "conciencia socialista" de la de la organización revolucionaria y de la de la lucha política; es decir, no distingue el problema de la "conciencia socialista", de el del socialismo como hecho u objetivo histórico. Esta confusión lo lleva a situar a los intelectuales burgueses en una posición destacada dentro de la lucha revolucionaria, Brossat escribe: "La reducción mecanicista del papel y de la función de la intelligentsia a su origen social, oscurece la visión de Trotski y le impide percibir el lugar especial que puede ocupar el pequeño burgués o el burgués intelectual, no en cuanto mandatario de su clase de origen, sino en cuanto poseedor del saber, a la vez usuario, crítico y creador de ideologías". Este pensamiento presenta una visión simplista del papel de la intelectualidad burguesa en el proceso revolucionario, a la vez que desconoce el análisis de Lenin acerca de las limitaciones de clase de la mencionada

intelectualidad, e igualmente ignora la metamorfosis que Lenin observa en los individuos al entrar al Partido Revolucionario, este cambio conduce al dirigente bolchevique a no concebir intelectuales dentro del Partido, sino a revolucionarios.

Algunas ideas de Brossat sobre Marx y Engels también merecen ser comentadas. A éstos los estudia al principio del trabajo con el objeto de rastrear los orígenes del concepto de "revolución permanente", así como también para distinguir el "curso teórico político" de los fundadores del marxismo, del de Trotski, a la vez que analiza el "diverso horizonte político" en el que se desenvolvieron.

Sobre lo último, el autor observa que en el siglo XIX se encontraba al orden del día la revolución burguesa, lo que le sirve para afirmar que por ello Marx y Engels sólo pudieron plantear la "necesidad teórica de la revolución proletaria"; en cambio —continúa diciendo— Lenin y Trotski se situaron en un "horizonte político" determinado "por la perspectiva de la actualidad de la revolución proletaria". Dentro de este contexto el autor concibe limitaciones en Marx y Engels porque hubieron de moverse en dos planes: "elaborar una teoría de la revolución", y haber actuado como "dirigentes y publicistas de la lucha del proletariado"; o sea, con esta idea Brossat se sitúa al interior de aquellas concepciones que delimitan el campo de la práctica política con el de la elaboración teórica, cuando que son nociones ajenas totalmente al marxismo y, por el contrario, la vinculación entre la actividad práctica y la teoría es uno de los postulados centrales de los fundadores del materialismo histórico.

En el mismo sentido, Brossat expresa que Marx y Engels carecieron

de una visión de la "historia mundial", llevándole a decir que eso les impidió pensar en términos de la "revolución mundial"; esta noción consideramos que es insostenible por sí misma y expresa un desconocimiento o incomprensión de los estudios históricos de los fundadores del marxismo, dado que en sus mismas obras elementales (por ejemplo *El manifiesto del partido comunista*, *La ideología alemana*, etc.) reiteradamente plantean la forma en que el capitalismo hizo posible hablar y pensar en términos de una *Historia mundial* en la medida que ha unido todos los continentes con su técnica y el desarrollo del comercio. Todavía más. Brossat critica a Engels de "reformista" por considerar que divulgó "las ilusiones sobre las virtudes de la papeleta del voto"; siendo que tal planteamiento fue perfectamente ponderado por Engels en su introducción a *La lucha de clases en Francia*; o bien, por lo visto el autor ignora la protesta de Engels cuando se quejó de que el dirigente de la socialdemocracia alemana, K. Liebknecht, publicó varios pasajes de la citada introducción fuera de contexto y arreglados de tal modo que aparecía como un apologista de la legalidad.

Contrastando con la formación y con la amplitud de la actividad intelectual de Trotsky, Brossat concibe a la teoría de la revolución permanente como: "la verdadera escuela del pensamiento marxista". Con esta idea el autor incurre en el viejo vicio inaugurado por Stalin en el sentido de disputarse la herencia del pensamiento marxista; cuando que no hay cosa más alejada del materialismo histórico que el desconocimiento de los avances de la creación científica y filosófica. Además, pensamos que tal actitud de encajonar

al marxismo en los marcos del pensamiento trotskista, tiene el peligro de empobrecerlo al desconocer las contribuciones de otros marxistas y de la propia "intelectualidad burguesa".

En suma, el trabajo de Brossat ofrece la posibilidad de analizar la evolución del pensamiento político del "joven Trotsky" y conocer los elementos esenciales de sus dos teorías fundamentales; sin embargo, por lo expuesto, insistiríamos en su lectura cuidadosa.

*Rafael Loyola Díaz.*

María Antonietta Macciocchi, *Gramsci y la revolución de Occidente*, Siglo XXI, editores, México, 1975, 369 pp.

María Antonietta Macciocchi señala que al escribir *Pour Gramsci*, *Gramsci y la revolución de Occidente* en la traducción castellana, lo ha hecho con la conciencia de que se interna en el pensamiento nuevo que ofrece el pensamiento de Antonio Gramsci. Si bien esta obra constituye, en buena parte, el resultado de los cursos sobre Gramsci que la autora dictó en la Universidad de Vincennes, en 1972-1973, su sentido y significación hay que buscarlos fuera del ambiente estrictamente académico.

La autora forma parte de la generación de militantes comunistas italianos que se formaron en el ambiente político de la Italia de la Resistencia y la posguerra. Era la época en la que se inauguraba dentro del Partido Comunista Italiano (PCI), gracias a la promoción de Togliatti, un culto a Gramsci que ponía el acento en su figura como luchador destruido en las cárceles del fascis-